

Cerca de Rubió y Lluçh

Por las incomparables mañanas de ese otoño barcelonés, templado, tonificante, diáfano, vésele reanudar su itinerario de la calle de Clarís a la Universidad, pasando por la calle de Cortes. Entre el vaivén de la avenida va don Antonio Rubió y Lluçh con su andar menudito e igual; y viéndole de lejos nadie diría que sus ojos le presten tan poco servicio, sea para caminar o para escribir. Va seguro, porque cada piedra de aquel trayecto moderno, de aspecto tan de boulevard parisien- se en sus alamedas y tráfico, él la conoce familiarmente; menos, sin embargo, que los rincones añejos de la ciudad condal, que son motivo en don Antonio de comentarios estéticos y recuerdos de juventud.

Regular de estatura, voluminoso de cabeza, de tez aún sonrosada y despercudida, ni grueso ni delgado, siempre haciendo el guiño a que le fuerzan la luz y novedades de vista, su acción y su palabra tienen siempre algo de nervioso, con nerviosidad que denuncia una activísima vida interior. Su conjunto físico guarda una innegable semejanza con Pereda, quizá por la barbilla y bigote tan españoles, canos completamente.

Por nuestras condiciones de vida en Colombia, pocos son los hombres que pudieron aplicarse por entero a su vocación intelectual. Cuervo, Uricoechea son excepciones. La política en las naciones de Hispano-América ha obligado a casi todos sus hombres a torcer muchas veces su rumbo. Más animado el espectáculo, pero menos armonioso que el que presenta la línea de una existencia tejida en todos sus días y horas para una misma obra de pensamiento y estudio. Rubió y Lluçh interesa, justamente, por la falta de saltos en su carrera espiritual.

Entre la torre de marfil inaccesible, aunque con frecuencia estéril, y la popularidad palpitante, aunque fugaz, está la mentalidad que se impone lentamente, reposada, segura de sí misma, duradera, sólida.

Gran señor de los libros, tan confundible generalmente con el ratón de biblioteca, tan lejano en realidad de éste, los desvelos, las labores del señor Rubió y Lluçh pasan inadvertidos para la gran masa. Sus confidencias y ansiedades las han oído los papeles viejos, esos papeles que nos enseñan la paciencia, esperando siglos, a que el hombre inteligente les toque y resucite con su contacto la vida disecada en pergaminos.

No ha mucho, después de darse cuenta Finke de lo que son los archivos de la corona de Aragón, conceptuó que ningunos otros, ni los del mismo Vaticano, contenían tal almáciga de papeles tocantes a la Edad Media. Parece que contiene cerca de dos millones de documentos. Archivo admirablemente conservado, de una época y un reino que fue la Inglaterra del Mediterráneo por dilatados tiempos, autor del primer código marítimo, cuyo dominio se ejerció en Grecia, en Cerdeña, en Nápoles, en el fondo del Vaticano, cuando los tan terribles, pero tan atractivos Papas españoles.

Es aquel universo de papeles, filón tan opulento para la historia, que en años pasados fijaba allí una comisión británica la situación de la música en el medio evo. Después del congreso musical de Ginebra, precursor innegable de la Liga de las Naciones, fueron a buscar en los anales barceloneses todos los antecedentes y luces sobre la música de hace cinco siglos, en uno de los pueblos más musicales del mundo.

Allí es donde ha dejado don Antonio mucho de su vida; de donde ha sacado una valiosísima parte de su obra.

Una bibliografía suya nos da idea del largo alcance de sus empresas literarias e históricas.

De la valía de esos trabajos basta con una revista rápida, aunque no sea en lectura detenida, de un volumen cualquiera, como aquel precioso estudio sobre la Grecia del siglo XIV. La ojeada fugaz que se hace al borde de las estanterías, examinando, acariciando cada volumen por sus bordes y lomo, por su portada, que nos revela como nada el buen gusto de su autor, por sus comienzos, que da idea del estilo, en sus últimos párrafos, en las frases cogidas al acaso, donde viene un pensamiento que se nos ofrece por sí sólo, espontánea, cariñosamente, de no se sabe qué capítulo, ese *bouquiner* de los franceses que llega a convertirse en arte y que hace de las librerías parisienses los más confortables hogares en medio de la colmena gigantesca, ese pasajero, y a pesar de ser pasajero intenso examen que son da un libro, en los del señor Rubió y Lluch nos deja sensaciones mezcla de admiración y melancolía.

El benedictino que ha levantado ese monumento está pobre; ha pensado demasiado en los siglos pasados y demasiado poco en el actual. De su labor conserva un arca liviana de onzas y un anaquel cargado con sus bellas ediciones, algunas de las cuales andan agotadas. Otras se han dado a la stampa por cuenta del Instituto de Estudios catalanes. Entre ellas figura la colección de los *Documents per l'història de la cultura catalana Mig-èval*, trabajo de poco brillo, pero de heroica paciencia. Dos gruesos volúmenes encierran infinidad de testimonios, ordenados con arte de orfebre, sobre la vida literaria, artística y social de ese viejo reino de Aragón, que tuvo al Mediterráneo como lago propio.

En la búsqueda de vejezes por los historiadores de alto vuelo no todo es paciencia y hastío. Hay la emo-

ción, la emoción tanto más vibrante cuanto más inesperada; el hallazgo del dato sepultado por siglos entre el orín y la posilla, destinado para quien haya sabido algo más que manosearlo sin comprenderlo; el dato que justifica una política, que desvanece la antipatía que inspira un nombre, que hace revivir, evocar y comprender.

Cuántas veces no es más que una frase, un giro de párrafo, algo de impalpable en el texto literal, un epíteto, el reflector bastante a iluminar el paso inexplicable de una jugada política, de una intriga amorosa. Las voluptuosidades del archivo para el historiador psicólogo deben ser extraordinarias. Olvidaránse totalmente de los tiempos en que respiran, y harán el más bello viaje a través de los papeles y pergaminos por todas las encrucijadas del tiempo que fué.

¿Podremos darnos cuenta de la satisfacción experimentada en ese revolver de caracteres añejos al topar con una silueta que se agiganta súbitamente debido a la magia de un viejo escrito, al cual, sin duda, redactándosele nunca se le adivinó su misión histórica? De esos estremecimientos intensos tuvo que ser el de don Antonio Rubió y Lluch al encontrar el elogio del Partenón de Atenas—cuatro palabras, pero qué palabras!—, del rey don Pedro *el Ceremonioso*—. Entre las penumbras medioevales, bajo las ojivas góticas, cuando la humanidad andaba tan lejos de las atracciones helénicas, hoy adelantadas en trabajos que van desde las colecciones del Museo británico hasta las danzas de las Revistas al desnudo, un rey guerrero y rudo escribió:

«Todos los príncipes cristianos de la Tierra juntos no serían capaces de levantar ni de idear otro Partenón».

Amable figura de monarca el que así comprendió

primero, pasada la historia antigua, el milagro griego; amable historiador el que supo sacar a luz el precioso pergamino.

De su viaje a Oriente, el señor Rubió y Lluch tiene páginas de poderosa reconstrucción. Tiene también—y es un brochazo de tragedia antigua—el recuerdo de su llegada a Atenas. Su sueño de toda la vida se rompió, en los momentos más interesantes, por la súbita pérdida de la vista. Al tocar las costas griegas, con el primer contacto de la atmósfera ateniense, los perfiles de las montañas se le desaparecen, esas montañas que él ha columbrado mil veces, bajo la luz del quinqué, a través de los versos griegos. La obscuridad se apodera de sus ojos, para no dejarle ver el cielo ático, que para él no va a ser el de un reinito resignado a contemplar unos reyes extranjeros, sino el viejo Olimpo poblado de diosas. Nada para él de columnatas, de cariátides, de frisos. La Hélade no seguirá presentándosele sino como la ha entrevisto en las noches de estudio en su gabinetito de la calle de Clarís. Si hora la respira, el éxtasis de la visión, el concierto de las líneas, están hechos tinieblas para el hombre que hizo del helenismo más erudito e inteligente la preocupación de su vida.

El dictamen de los médicos es el de que poco podrá salvarsele de la vista, si acaso. Por esos críticos momentos el paciente experimenta una obsesión incontestable: dejar la cerrada estancia e ir, a toda costa, guiado por algún piadoso amigo al pie mismo del Partenón. Imposible impedirle tan contraindicado proyecto, porque el fervor de ese místico de la *Diosa de los ojos azules* se impone, y una vez conducido al Partenón, no hace sino pronunciar, los ojos vendados, palpando dulcemente las columnas sagradas, el viejo elogio descu-

bierto por él al cabo de siglos y escrito por un viejo rey de Aragón.

El ilustre helenista estaba predestinado a pasar por ese auténtico trance de fatalidad griega.

* * *

El último libro de Rubió y Lluch está en castellano y trata en su mayor parte de personalidades colombianas. Volumen de crítica, en el sentido verdadero de la palabra, allí se entrelazan y desvanecen unos en otros, elegantes y sentidos, recuerdos, convicciones, añoranzas, entusiasmos, reproches. A pesar de sus demás obras en castellano, puede decirse que ésta es en la que don Antonio pone su mejor grano de amor por nuestra lengua, y lo que es más notable, por nuestro país.

El autor de los *Estudios Hispano-Americanos* es un catalán que después de haber levantado a fuerza de sabiduría el más bello monumento a su literatura regional, se descubre y ha descubierto siempre con filial cariño ante el estandarte morado de las Castillas. En esto es mucho más simpático que Guimerá, tan exagerado en sus prevenciones catalanistas, que ni cartas particulares volvió a escribir en español.

El problema de las lenguas, como casi todos los conflictos de orden político, se aviva y atiza por obra de ambos adversarios. Fórmense separatistas, pero también se forman separadores. Cuántas veces hánse visto hostilizados los idiomas, extractos prodigiosos en que cada generación ha dejado su rumor y labrado su tarea, de la misma manera que en las guerras se han descaperuzado a cañonazos las catedrales góticas. La política olvidó muchas veces que una lengua es tesoro no de un solo pueblo, sino de la Humanidad.

Dichosos nosotros—es decir, toda la América hispana—, que no tenemos sino un habla, un habla maravillosa. Seguramente no hay argumento más poderoso en favor de la conquista y colonización españolas que ese manto de castellano uniforme, naturalísimo a quienes bajo él hemos crecido, casi inverosímil para los europeos, tendido desde los oros de California hasta las nieves de Magallanes. Ni el rastro de un dialecto ni la sombra de un conflicto por un acento extraño. Somos nuevos y fuimos fabricados por un formidable artífice. No hemos tenido siglos para querellarnos, y nuestra Edad Media quién sabe dónde se encontrará con su elaboración lenta y fecunda de lenguas que poco a poco se limaron por generaciones y razas privilegiadas. Si hay algo que no se pueda improvisar, son las lenguas. Cuando algunos insensatos de la Argentina hablan de idioma argentino, la gente sonríe cada día más, empezando por los buenos valores intelectuales de ese país.

Pero esas viejas lenguas que quedaron incrustadas y como deprimidas entre las grandes nacionalidades, conservan su especial interés y atractivo como las joyas rezagadas.

El provenzal y el catalán, uno en su graciosa agilidad, hecho para sus cantos de amor; el otro, que en su rudeza y lagunas conserva intacta tanta forma latina, la farándula alegre y la sardana melancólica, han albergado ¡cuánta riqueza de emoción y pensamiento!

Rubió y Lluch ha aprovechado esa disparidad de lenguas para su obra general. Ha sabido amar y pensar en sus dos idiomas, sin separatismos funambulescos con el catalán. Con ese equilibrio intelectual se enlaza una anécdota matritense que, referida por él, tiene grande encanto.

«Por el año de 1878 me hallaba en Madrid—cuenta

don Antonio—concluyendo mis estudios de doctorado. Menéndez Pelayo, que había sido condiscípulo mío en la Universidad de Barcelona, me habló un día de la probabilidad de que en casa de la marquesa de Pidal, madre del que fué más tarde ministro de Fomento, y era entonces ya famoso orador católico, don Alejandro Pidal, se celebrara una velada literaria, y del gusto que tendría en presentarme en aquella distinguida tertulia. “Más es preciso, me dijo, que no te vengas con las manos vacías, que leas algo, y a mi ver, nada más oportuno que la oda catalana a Anacreonte que me diste a conocer hace pocos días. Yo leeré, entre otras cosas, algunos cantos goliardescos latinos, y así no sentará tan mal la diferencia de lenguas”. Agradeciendo sus buenos deseos, y aceptando lo de la presentación, que me halagaba en extremo, me resistí a recitar ninguna poesía catalana en una tertulia madrileña, a la que debían asistir las más elegantes damas de la aristocracia y de la Corte. Conocía la aversión que al catalán se le tiene en Madrid, y temía que aquella lengua, seca y concisa como el inglés, había de sonar mal en los oídos delicados de aquellas bellezas tan cultas, que profesan verdadera idolatría y sienten un orgullo exclusivismo por la forma noble y musical en que se expresan. Mas bien que objeto de aplausos que no podían prodigar a lo que no entendían ni los merecía, me consideré que sería víctima de una curiosidad burlona y desdeñosa. Marcelino—así suelo llamar a mi amigo—no se detuvo ante mi formal negativa. Como había estado en Cataluña dos años y conocía bien su lengua, aunque no la pronunciaba con igual perfección, fué él el que se ofreció a leer mi oda anacreóntica, cual si quisiera ampararla bajo su noble prestigio, y, como es natural, no puse en ello ningún inconveniente; antes, a decir

verdad, me juzgué muy honrado y hasta garantido, con su generosa oferta. Marcelino que, dicho sea entre paréntesis, fue la novedad de la reunión por hacer aquella noche, en cierto modo, su presentación oficial ante la elegante y más alta sociedad madrileña, declamó con el énfasis sonoro que le era habitual, mis humildes versos; y revestidos éstos de los sonidos más espléndidos de otra lengua de superior belleza, y patrocinados por el prestigio de un genio, cobraron más valor y hasta se hicieron aplaudir por un público, si no hostil, cuando menos indiferente a nuestro parnaso regional».

Naturalidad elegante y castiza de esta remembranza y del temperamento de Rubió y Lluch en lo hablado y en lo escrito. Tal el aire de su estilo esmerado en su facilidad, hasta flaubertizado a veces, sin los henchimientos tan comunes a los contemporáneos del señor Rubió.

El libro de los *Estudios Hispano-Americanos* está dedicado a la buena memoria del eximio escritor excelentísimo señor don Miguel Antonio Caro, Presidente que fué de la República de Colombia.

Caro y Menéndez y Pelayo fueron sus amigos del alma. Recuerdos de Universidad y de vida española le ligaron a don Marcelino; lejanías que nunca se acortaron le separaron de don Miguel Antonio. Con todo, el mismo Rubió y Lluch no sabría decir cuál de las dos memorias está más cerca de su cariño. La correspondencia con uno y con otro fué larga, íntima, y la conserva entre lo máspreciado de su epistolario, que es un cofre de curiosidades y riqueza. En aquel epistolario, como en sus estudios, Colombia y sus hijos son parte principalísima; hojeando esos preciosos autógrafos siente uno acortarse la distancia entre las tierras españolas y las nuestras, tantas firmas colombianas aparecen allí, tantos asuntos que nos preocuparon, enarde-

cieron o desgarraron—Panamá el primero—, han sido tema privado o público del helenista catalán.

Después de exhibir su tesoro de intimidades literarias, su epistolario, el barcelonés recuerda que tiene para enseñar también otro tesoro: su catedral, circuida de viejos palacios.

En el casco antiguo de Barcelona, no lejos, sin embargo, de las grandes Ramblas, donde palpita la actualidad, veo aún a don Antonio Rubió y Lluch guiándome por entre la tintebla de la más romántica de las catedrales españolas. El término no es de mi cosecha: pertenece a aquel ilustre inglés, Street, en su obra sobre las iglesias mayores de la Península. A pesar de sus visuales dolencias, don Antonio es amigo conocido de cada rayo de luz, entre violécea y ambarina, entre verde y carmesí, que tiñen la negrura de la iglesia. La negrura sirve como de cortina al incauto visitante que entre de improviso de una plazoleta a pleno sol. Debe esperar a que la cortina se alce lentamente. Esperamos en el recodo del bautisterio. Luego, don Antonio se convierte en el intérprete, más que de lo material, de la atmósfera mística. La sinfonía de penumbras tenuemente rotas por algún sugestivo resplandor crece en ángulos y rincones que se adivinan sin verse. Aun las mismas dimensiones de aquella iglesia apenas episcopal crecen, cuando uno la contempla desde la cripta donde duerme tan dulcemente Santa Eulalia; desde el bautisterio tenebroso en que por las mañanas de domingo hay óleos de chiquillos ricos y desvalidos, todos en mezcla bellamente cristiana, y en que a la luz del cirio litúrgico surgen los ojos moriscos y la mantilla española, endosada tan sólo para esa ocasión, de alguna graciosa madrina, Rubió y Lluch se siente con la unción

orgullosa que poseería a los talladores de esas piedras, a los orifices de esas vidrieras.

La efusión mística de nuestro amigo, producida por ese interior de sombra, se convierte en entusiasmo lírico al salir hacia el claustro. El claustro de la Catedral y aquel otro recanto barcelonés llamado orientalmente *Patio de los naranjos*, parece que hayan sido transportados de Florencia. Desde un ángulo percibimos toda la armazón externa de la iglesia, el cimborrio nuevo, con sus ricitos de piedra no ennegrecidos aún, banal, coque-to—una damisela escapada de los cafés de las Ramblas, y frente de ella los dos campanarios viejos, macizos, pesados—, una pareja de frailes. El piadoso catolicismo de don Antonio sonríe ante el contraste.

Los versos de una suave poetisa que escribe con igual facilidad en español que en catalán, la condesa del Castellá, recordados por don Antonio en ese mismo claustro una mañana toda claridad, siempre estarán unidos en mi memoria a la de aquella arquería ojival, a la de aquel estanque donde nadan unos tradicionales gansos, a la de unos túmulos heroicos, al toque del mediodía en esos torreones, a la flecha frágil.

Tiene mi catedral, joya preciada,
un patio deleitoso abierto al día,
de gótica penumbra y poesía,
con nidos y gorjeo en la enramada.

Murmura un surtidor de agua encantada
y son las níveas hojas su armonía;
cimbrea la vetusta crestería
del claustro entre la verja restaurada....

Sobre todo, me recuerdan la figura, rodeada por la maravillosa decoración, del escritor amigo de las eminencias colombianas.

Caro, Pombo, Ortiz, Gutiérrez, Fallon, Núñez: he ahí los temas laudatorios de este ilustre español enamora-

do de su Barcelona clásica, de su Grecia catalana y medioeval, y una lejana ciudad tendida sobre una altiplanicie de los Andes: la Santa Fe del Nuevo Reyno de Granada, que él no se conforma con conocer tan sólo a través de las hellas letras.

EDUARDO GUZMÁN ESPONDA,

Ministro de Colombia en el Brasil.

(De *Raza Española*)

Prólogo

al V tomo de las «Obras completas de
don Miguel Antonio Caro»

(FRAGMENTO)

Este volumen contiene los principales opúsculos de don Miguel Antonio Caro sobre filología española.

Aunque todos ellos se dieron a la estampa antes de 1890, y en los treinta y siete años corridos de entonces para acá se han publicado innumerables libros sobre la materia, los trabajos del señor Caro no han envejecido: parecen escritos en nuestros días. Si el autor viviera y personalmente hubiese dirigido esta reimpresión de sus opúsculos, sólo habría tenido que agregar unas pocas noticias de detalle, dejando intacto el cuerpo de la obra.

Esta es sólida porque es científica, y eso se debe a que la inteligencia del autor era esencialmente filosófica. Los hechos escuetos, los hechos no explicados, le producían desazón. El daba y cavaba hasta encontrar la explicación racional, pues sabía que un hecho no explicado es apenas un conocimiento vulgar o empírico, al paso que el hecho racionalmente explicado constituye un conocimiento científico. Su crítica superaguda no